

# Escogido

Pastor Eddie Ildfonso

Simeón entrecerró sus ojos ante la luz de la vela, para leer el pergamino. Era un hombre justo y devoto que había estudiado innumerables veces las palabras del profeta Isaías. Pero esta vez, había algo diferente. Las mismas palabras que había leído por décadas parecían ahora lanzarse sobre él, con un poder palpable. El corazón comenzó a latirle fuertemente. Con cada oración que leía, era mayor la conciencia de Dios en aquel anciano.

**“Ahora pues, dice Jehová, el que me formó desde el vientre para ser su siervo, para hacer volver a él a Jacob y para congregarle a Israel (porque estimado seré en los ojos de Jehová, y el Dios mío será mi fuerza); dice: Poco es para mí que tú seas mi siervo para levantar las tribus de Jacob, y para que restaures el remanente de Israel; también te di por luz de las naciones, para que seas mi salvación hasta lo postrero de la tierra” (Isaías 49:5, 6).**

Simeón se frotó la barba e hizo un esfuerzo intenso por entender aquello. “Señor, nosotros somos tu pueblo escogido. Nos separaste de los gentiles. Pero esto significa que el Mesías será enviado no sólo a Jacob sino también a todo el mundo. ¿Es así?”  
Sí, así es.

El pergamino cayó de las manos de Simeón y comenzó a temblar de inmediato. Después de ver ascender el humo de la vela que se había apagado de repente, Simeón se sorprendió al ver su sombra proyectada contra la pared distante. Comenzaba a mirar hacia atrás cuando el brillo de una luz lo obligó a dirigir su mirada al suelo.

“Señor, ¿eres tú quien está aquí?”

**Sí, YO SOY.**

Simeón tembló incontrolablemente, y ya no pudo hablar.

***Simeón, no te dejaré hasta que las palabras de Mi siervo Isaías se cumplan. En el momento escogido, enviaré la Consolación de Israel. Tú no gustarás la muerte hasta que tus ojos hayan visto Mi salvación. Cuando lo veas a Él, entonces, hablarás.***

De inmediato, la intensa luz que había hecho que Simeón lo viera todo de un color rosado brillante, se había vuelto una gran oscuridad. Lentamente, como si eso le hubiera tomado todo un día, abrió los ojos y levantó la cabeza. Entonces trató de concentrarse, a tiempo que susurraba débilmente:

“Gracias, Señor. Gracias. Gracias, Señor”. Simeón comenzó a poner en orden sus pensamientos, y finalmente expresó con palabras su emoción:

“Veré al Mesías. He oído la voz del Señor, y no soy digno. ¿Por qué yo? Veré al Mesías. ¡Veré al Mesías!”

Se despertó extrañamente temprano. Su acostumbrado estudio matutino no empezaría sino una hora después, pero prendió una vela y tomó un rollo. Se concentró lo más que pudo, pero se fue poniendo cada vez más nervioso a medida que pasaban los minutos. Apenas había comenzado a orar cuando sintió que el Señor inquietaba su espíritu.

***Ve al templo.***

¿Ahora mismo, Señor?

***Ve al templo.***

Simeón se puso su túnica y tomó su capa. Apagó la vela y abrió la puerta. Con la débil luz previa al amanecer apenas podía distinguir en la distancia el techo del templo.

La larga caminata hasta la Casa de Dios era usualmente agotadora para su cuerpo anciano, pero hoy la sensación que tenía de que algo grande iba a suceder le había quitado toda conciencia de incomodidad. El Espíritu Santo estaba sobre Simeón. Sólo una vez antes, ¡de eso hacía muchos años!, había sentido la presencia de Dios de una manera tan intensa. Era cuando había estado estudiando a Isaías...

Simeón estaba todavía sin aliento tras subir los peldaños del templo, pero rápidamente se dio cuenta de que no necesitaba apoyarse en su bastón. Entonces levantó la mirada.

***Allí estaba Él.***

Simeón oyó un susurro suave y pequeño mientras se acercaba una joven pareja. La madre sostenía envuelto en pañales a un bebé que no parecía tener más de un mes de vida; y el padre llevaba un par de palomas para hacer una ofrenda. “Están llegando para la ceremonia de presentación de su hijo primogénito”, pensó Simeón.

***Allí estaba Él***

Simeón oyó de nuevo el susurro. “Señor, ¿es hoy el día que me prometiste hace años? Ellos son tan jóvenes y tan pobres. El padre no tiene sino un par de pequeñas palomas... ¿Me estás diciendo que estoy viendo al Mesías?”

***SÍ.***

Simeón se acercó a la pareja y los saludó. Tomó al bebé en sus brazos y bendijo a Dios, diciendo: “Ahora, Señor, despides a tu siervo en paz, conforme a tu palabra; porque han visto mis ojos tu salvación, la cual has preparado en presencia de todos los pueblos; LUZ PARA REVELACIÓN A LOS GENTILES, y gloria de tu pueblo Israel”.

Simeón acunó al niño contra su pecho, bendijo a los padres y dijo: “He aquí, este Niño está puesto para caída y para levantamiento de muchos en Israel, y para señal que será contradicha, y una espada traspasará tu misma alma, para que sean revelados los pensamientos de muchos corazones”.

Simeón devolvió el bebé a su madre, que tenía una expresión de asombro. Luego se dio media vuelta y se dirigió a la salida del templo. Hizo una pausa, se apoyó sobre su bastón y fijó su mirada en Jerusalén. Esta vez su sonrisa no era nada nerviosa. Nunca había sentido una paz tan grande. Jamás se había sentido tan relajado, tan vivo. Jamás había sentido este... este descanso.

Ahora, más que nunca, estaba listo para partir al hogar celestial.